

Primero de Mayo (1890-1915)

León Trotsky

[29 de mayo de 1915]

(Versión al castellano desde “Premier Mai (1890-1915”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, León Trotsky, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 56-60. Publicado por primera vez en *Nache Slovo* del 29 de mayo de 1915¹.)

La fiesta del Primero de Mayo, de la que hoy se cumple el vigésimo quinto aniversario, fue adoptada por la asamblea constituyente de la Segunda Internacional. Los partidos socialistas, que se fortalecían sobre una base nacional creada por las revoluciones y guerras, no podían dejar de sentir la necesidad de una ayuda internacional común y de una elaboración común de la orientación. El Primero de Mayo era la expresión exterior de las tendencias internacionales del movimiento obrero contemporáneo. Pero es preciso decir que la idea de darle al proletariado internacional el carácter simbólico de una fiesta obrera mundial marcaba, en cierto sentido, una insuficiencia de la manifestación internacionalista en el marco de la política nacional del movimiento obrero. Fuese así o no, el destino de la fiesta obrera está estrechamente ligado al de la Segunda Internacional, cubriendo todo este período y resaltando sus caracteres más contundentes.

El Primero de Mayo no ha ocupado en la vida del proletariado el lugar que le asignaron los participantes en el Congreso de París.

En Inglaterra, ese viejo país capitalista, el Primero de Mayo expresaba de forma parecida el carácter nacional-posibilista de la lucha de clases llevada adelante por el proletariado inglés y el carácter sectario y propagandista del socialismo inglés. El tradeunionismo asimila el Primero de Mayo con una ceremonia tradicional y lo utiliza en su propaganda, que no se eleva a una concepción social-revolucionaria. En tanto que fiesta del internacionalismo combatiente, el Primero de Mayo no era en Inglaterra la manifestación de la clase obrera revolucionaria sino la de algunos grupos revolucionarios poco numerosos.

En Francia, con su desarrollo económico mediocre, con su actividad exteriormente dramática, con su limitada vida parlamentaria en realidad, el Primero de Mayo expresa todos los aspectos débiles del proletariado francés: su debilidad numérica, su dependencia intelectual y, por encima de todo, su impotencia organizativa. Los aspectos fuertes: la movilidad política y las tradiciones revolucionarias no encontraron su expresión en esa época de adaptación “orgánica” con las condiciones económicas y políticas de la Tercera República y no dejaron su sello en la fiesta de los proletarios.

En Alemania, el Primero de Mayo, que en principio fue adoptado por la socialdemocracia, se introdujo como un cuerpo extraño en el automatismo profesional

¹ En dicha obra el texto se data el 29 de marzo, no obstante estar editado tras textos del mes de abril, páginas 54-56, mientras que en la sección francesa del [Marxists Internet Archive](#) un texto datado en misma fecha en ese segundo tomo de la obra viene datado en el mes de mayo. A falta de más información por ahora, colegimos que se trata de un error de imprenta subsanado por la [Sección en francés del MIA](#), ver: [Vive le Camarade Dobrojdanu - Ghérea](#).

del partido obrero y de los sindicatos. Las organizaciones obreras, que tenían ante sí a las clases capitalistas y al potente aparato gubernamental, tenían la ocasión para hacer del Primero de Mayo el instrumento de violentos conflictos económicos y políticos (y, con la reacción, el pretexto para la represión policial); evitaron sistemáticamente el choque. En lugar de convertirse en el levantamiento del trabajo contra el capitalismo, como lo habían concebido sus creadores, el Primero de Mayo sólo servía para reunir a los trabajadores para hacerlos aclamar mociones de solidaridad internacional etc., etc., etc.

¡Con que temor había esperado el mundo burgués el Primero de Mayo de 1890! ¿No daría ese día la señal para la revolución proletaria? Y después... las clases dirigentes miraban esa fiesta con una sonrisa burlona, o desencadenaban la represión policial. Si el Congreso Socialista de 1889 quería hacer del Primero de Mayo el símbolo de la solidaridad proletaria, el carácter de la conmemoración, sumiso en el más alto grado y abiertamente posibilista, devino el símbolo de la debilidad de las tendencias internacionalistas del movimiento obrero de la época precedente. Por ello, una retrospectiva de la fiesta proletaria durante estos veinticinco últimos años proyecta una viva luz sobre las causas del naufragio de la Segunda Internacional. ¡La insistencia con la que los elementos intransigentes del socialismo mantenían la llama del Primero de Mayo es un síntoma alarmante! Incluso si las manifestaciones “patrióticas” de las fracciones parlamentarias, la reconciliación con el bloque nacional, los ensayos de ministerialismo socialista, no pudiesen parecernos inesperados y catastróficos, sería indigno de un marxista buscar las causas de estos hechos en la mala voluntad, la inmoralidad, en la “traición” (o en la carencia de autoeducación, como dicen nuestros subjetivistas) de los dirigentes del partido. No descargamos a estos últimos del peso de sus faltas y no cesaremos de luchar contra ellos, pero repetimos que es indispensable comprender esto: todos los elementos de la catástrofe ya estaban preparados por la lenta organización del socialismo sobre una base nacional bajo las condiciones de un crecimiento incesante del imperialismo; la idea de una unión internacional del movimiento obrero desembocó en la práctica en tentativas periódicas de elaborar las normas internacionales sobre una base nacional y gubernamental; el internacionalismo social-revolucionario se transformó en la conmemoración débil y burocrática del Primero de Mayo, que se reducía a una fecha en el calendario.

¡Peor incluso! El asunto del Primero de Mayo devino todavía más lamentable en los países avanzados en los que los progresos del capitalismo eran más grandes, en los que la lucha de clases se desarrollaba “normalmente”, adaptándose al papel que ejercía el país en el mercado mundial, plegándose a las reglas parlamentarias en los países en los que el parlamento se convertía en el foso del combate por la democracia y las reformas sociales. En esos países avanzados, la lucha de los movimientos revolucionarios contra el viejo orden de cosas feudal estaba superada. Todavía no había llegado la época de nuevos conflictos sociales (luchas del proletariado por la conquista del poder). La idea de la revolución no era más que un recuerdo o parecía un punto de vista teórico; en los dos casos era demasiado débil para insuflar una nueva vida a la conmemoración del Primero de Mayo y hacer de él la fiesta de millones de trabajadores prestos a tomar al asalto la fortaleza capitalista.

En los países de Europa Oriental, el Primero de Mayo ejercía cada vez un papel más grande en la vida del proletariado, confiriéndole un contenido revolucionario y recibiendo bruscamente un amplio desarrollo. En Rusia, en los primeros pasos del proletariado ruso y polaco, el Primero de Mayo fue, de entrada, un emblema de combate. El crecimiento del movimiento revolucionario aumentó el significado de la fiesta en la vida del proletariado. Para la clase obrera rusa, que entablaba su lucha

histórica contra las fuerzas más reaccionarias del pasado, el Primero de Mayo devino la señal para la movilización revolucionaria que abría, al mismo tiempo que “una ventana a Europa”, las perspectivas de un movimiento socialista mundial.

En Austria, país de contradicciones nacionalistas, de vieja monarquía y de camarillas feudales, el Primero de Mayo fue la bandera bajo cuyos pliegues el proletariado llevó adelante su combate por la democratización del país, por una coexistencia normal entre las minorías étnicas, lo que significa la creación de una base normal para la lucha de clases. Las necesidades elementales de un *gobierno de las nacionalidades*, abriéndole al desarrollo del capitalismo las mismas posibilidades que puede ofrecerle un *gobierno nacional*, tropezaron con el proletariado austríaco, tan heterogéneo, y el Primero de Mayo se convirtió en la bandera de la unión de ese proletariado por la solución de los problemas “preliminares” que le opone la historia. Tras la conquista del sufragio universal, favorecida por la revolución rusa, el Primero de Mayo se ve en Austria encerrado cada vez más, poco a poco, en estrechos límites como el eco de una época tumultuosa inminente.

Por fin, en la península balcánica, a causa de los enclaves nacionales y gubernamentales, desde sus primeros pasos el proletariado se vio enfrentado con el problema siguiente: elaborar una forma de coexistencia de las pequeñas naciones tal que le pudiese dar a esa península, tan poco afortunada, la posibilidad de salir de su anarquía nacional y cultural, de garantizar su independencia contra las maquinaciones de las grandes potencias y rechazar la civilización capitalista “normal”. El Primero de Mayo se ha convertido ahí en la fiesta del joven proletariado y en la bandera de la lucha por una federación democrática balcánica.

Con otras palabras: en los países de Europa Oriental y en los del sur europeo, en los que el desarrollo del capitalismo no es todavía total, en los que el proletariado debe resolver problemas que una burguesía atrasada no ha podido resolver, estos problemas le dieron al movimiento obrero un impulso tumultuoso, apartaron los obstáculos que se le presentaban y le confirieron a la fiesta del Primero de Mayo, fiesta de clases, un color revolucionario. Pero ese carácter revolucionario no se alimentaba, en realidad, de la lucha de clases; por el contrario, provenía de las particularidades nacionales y gubernamentales que han separado al proletariado de oriente de sus hermanos más avanzados.

El vigésimo quinto aniversario del Primero de Mayo coincide con la quiebra total de la Segunda Internacional, con el completo abandono que sus jefes hacen de sus obligaciones internacionales. En consecuencia, es natural tener del Primero de Mayo de este año una imagen de desosiego, debilidad y degradación. En Francia y en Alemania, el Primero de Mayo se trata de lograr que esta pálida sombra de lo que ya era una sombra, y la repetición de un ritual seco, no provoque peligrosas asociaciones de ideas en las cabezas de los trabajadores... Si las declaraciones “socialistas” de los diputados, votando los créditos de guerra, ya aparecían como una repugnante parodia, ¿qué decir del vergonzoso engaño que constituyen los discursos y artículos de los ministros socialistas “responsables”, de los parlamentarios y periodistas, esos vulgares enterradores de la Segunda Internacional y del Primero de Mayo?

Pero justamente estos meses de humillación del socialismo internacional indican nuevas perspectivas de lucha y de movimiento, pues las contradicciones fundamentales entre los objetivos social-revolucionarios y los métodos del posibilismo han quedado implacablemente al descubierto. Llevadas por la “espada” de la lucha hasta su lógica final, esas contradicciones mostrarán, tarde o temprano, su fuerza liberadora no solamente decisiva sino, también, creadora. Los viejos partidos oficiales buscan un recurso para sus contradicciones en el travestismo cínico de la realidad internacional de

la lucha de clases. Pero no pueden resolver una contradicción más profunda todavía, una contradicción que está en la base de la guerra actual, que dirige las maquinaciones de los diplomáticos, las operaciones de los militares y las lamentables combinaciones de los social-imperialistas: la contradicción entre las exigencias del desarrollo económico internacional y los límites que le impone el gobierno nacional. No solamente el análisis teórico sino, también, los crueles primeros nueve meses de guerra, no traen el testimonio de que la sangrienta lucha de los pueblos descartará uno solo de los motivos ni resolverá una sola de las cuestiones que condicionan la esencia revolucionaria del movimiento obrero. Incapaz de resolverlas, la guerra no hará más que envenenar las contradicciones capitalistas. Surgirán de nuevo, de la sangre y el lodo, para desvelarse enteramente mañana; hoy en día ya se desvelan en la conciencia de las masas trabajadoras. Para salir del impase histórico, el proletariado tendrá que coger el camino diametralmente opuesto: el de la liquidación total del posibilismo, el del rechazo definitivo de eso que se llama las obligaciones nacionales, el de la lucha implacable por la toma del poder, bajo esta forma, preparada por toda la época precedente y que constituye una experiencia única para la humanidad: la forma de la dictadura política del proletariado en todos los países civilizados del mundo capitalista.

Cuanto más profundas sean las cicatrices dejadas por la guerra en la conciencia del proletariado, más rápido e impetuoso será el proceso de su emancipación al margen de los métodos, de las maniobras no revolucionarias de la época precedente, y más estrechos, más directos, más fraternales, más conscientes, serán los lazos de la solidaridad internacional, no como principios, no como anticipaciones, no como símbolos, sino como factores directos de la colaboración revolucionaria en la arena internacional en nombre de la lucha general contra la sociedad capitalista. Se puede pensar que, en esta cuestión secundaria, la del ritual revolucionario, la Tercera Internacional no rechazará la herencia espiritual de la Segunda Internacional. Al contrario, será la ejecutora directa del testamento revolucionario. Revolucionando e internacionalizando el movimiento obrero, le devolveremos al Primero de Mayo el significado que le quisieron dar los creadores de la Segunda Internacional. Será el toque de rebato de la revolución social.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es